CEP Centro de Espiritualidad y Pastoral

Aporte - HOMILÍA del Domingo 2 de Junio de 2019
SEMANA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR – CICLO "C"

LA ASCENSIÓN: LLAMADOS A SER FACTORES DE CAMBIO Y RECONCILIACIÓN

(Lucas 24, 46-53)

Esta semana estamos celebrando la Ascensión del Señor, que es uno de los símbolos cristianos que más pone de manifiesto la necesidad de hacernos adultos para el camino de la fe.

Para el evangelista Lucas (24, 46-53), la madurez de la fe implica: *1)* hacernos testigos de la reconciliación; *2)* recibir la fuerza de lo alto; *3)* caminar sin reclamar la compañía física de Jesús; y *4)* el gozo y la perseverancia en la oración.

Testigos de la Reconciliación. El que se considere discípulo de Jesús ha de ser testigo y hacedor de reconciliación. Sólo se experimenta reconciliado quien se sabe amado y perdonado, logrando la integración profunda de su vida por medio del diálogo amoroso y libre con Dios. **El reconciliado consigo mismo, con los demás y con Dios, se compromete en la construcción de un presente y un futuro basados en la fraternidad y la solidaridad.**

***Recibir la fuerza de lo alto*.** Jesús ha prometido enviarnos al Espíritu Santo, a quien llama "fuerza de lo alto", y qué bueno, porque estamos acostumbrados a confiar solamente en nuestras propias fuerzas. Que esta fuerza sea de lo alto quiere decir que puede movernos para ir más allá de nuestras miras y comprensiones tan cortas del mundo. **La comunión y respeto a la dignidad de las personas son las actitudes propias de quien tiene Espíritu Santo.**

Caminar sin la presencia física de Jesús. Nuestro camino de fe no puede ser infantil, como si necesitáramos ser conducidos de la mano. Vivir con fe adulta implica palabras, convicciones y actuaciones propias, descubriendo la fuerza de la fe y desarrollarla con la mayor fidelidad y creatividad posible. **La única presencia física de Jesús que necesitamos los cristianos la encontramos en el rostro vivo de Cristo en las personas y especialmente en los necesitados de este mundo.**

El gozo y la perseverancia en la oración. La ausencia física de Jesús estará colmada por la presencia del Espíritu Santo, y se hará mucho más densa y más evidente en la experiencia personal y comunitaria de la oración. La oración hará que **hallemos a Dios en todas las cosas** y en todas las circunstancias de la vida. **La oración que entabla un diálogo de amistad con Dios nos sensibiliza y hace parecernos a Jesús.**

Para que tengamos madurez en la fe no basta que nuestros ideales y valores coincidan con los de Jesús, ni que nuestras vivencias de fe se expresen solamente como fervores religiosos. Sino que nos humanicemos al modo de la humanidad de Jesús, adquiriendo una capacidad de pensar y actuar comprometidos con la vida y la dignidad de todas las personas.

Si queremos experimentar la madurez de la fe que nos plantea la Ascensión del Señor necesitamos convertirnos en factores de cambio y reconciliación. Sólo así sentiremos la presencia del Espíritu Santo como fuerza sanadora y transformadora en lo que somos y hacemos.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

No soy Ciego, Padre, No

Qué ciego es el mundo, Padre. Qué ciegos los hombres son. Piensan, Padre, que no existe, más luz que la luz del sol.

Padre, al afrontar problemas, cuando por el mundo voy, oigo a hombres y mujeres, que de mí tienen compasión. Que juntándose uno a otro, hablan bajando la voz: ¡Pobre ciego, que no ve la luz del sol!

Mas yo, no soy ciego, Padre. No soy ciego, Padre, no. Hay en mí una luz divina que brilla en mi corazón. El Sol que a mí me ilumina, es de eterno resplandor; mis ojos, Padre, son ciegos; pero mi espíritu, no.

Cristo es mi Luz, es mi día, cuyo brillante arrebol, no se apaga en la noche, ni en el sombrío crespón. Tal vez por eso no hiere, el mundo mi corazón; cuando dicen: ¡Pobre ciego, que no ve la luz del sol!

Hay muchos que ven el cielo y el transparente color; de las nubes, de los mares, la perpetua agitación. Pero sus ojos no alcanzan a descubrir al Señor, que tiene a leyes eternas sujeta la Creación.

No veo lo que ellos ven, ni ellos lo que veo yo. Ellos ven la luz del mundo. Yo veo la luz de Dios. Y siempre que ellos murmuran: ¡Pobre ciego! (digo yo) ¡Pobres ciegos!, ¡que no ven más luz que la luz del sol!...

(*Autor Anónimo*)